

Memorias de una vaca

Bernardo Atxaga

Ilustraciones
de Adolfo Serra



EL BARCO
DE VAPOR



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Memorias de una vaca

Bernardo Atxaga

Ilustraciones de Adolfo Serra



Primera edición: junio de 1992
Cuadragésima tercera edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Behi Euskaldun Baten Memoriak*
Traducción: Aránzazu Sabán

© del texto: Bernardo Atxaga, 1992
© de las ilustraciones: Adolfo Serra, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8937-5
Depósito legal: M-9009-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

EL MANDATO DE MI VOZ INTERIOR, O CÓMO TOMÉ LA DECISIÓN DE ESCRIBIR ESTAS MEMORIAS VACUNAS. RECUERDO DE UNA NEVADA.

ERA UNA NOCHE de rayos y de truenos, y los ruidos y el jaleo del temporal acabaron por despertarme casi del todo.

–Escucha, hija mía, ¿acaso no ha llegado la hora? ¿Acaso no es el momento adecuado, correcto y conveniente? –me preguntó entonces mi voz interior. Y poco después, sin darme un respiro siquiera para despabíllarme completamente–: Pero ¿no has de abandonar el sueño y la molicie? ¿No has de acogerte a la excelente y fructífera luz? Dímelo en dos palabras y con el corazón en la mano: ¿acaso no ha llegado la hora? ¿Acaso no es el momento adecuado, correcto y conveniente?

Esta voz interior mía tiene una lengua muy remilgada y muy llena de cumplidos, y por lo visto no puede hablar como todo el mundo, llamando a la hierba «hierba» y a la paja «paja»; si por ella fuera, a la hierba tendríamos que llamarla «el saludable alimento que para nosotras crio la madre tierra», y a la paja, «el no saludable alimento necesario para los casos en los que el

bueno falta y declina». Sí, así habla esa voz que escucho dentro de mí, con lo que resulta que se alarga una barbaridad cada vez que quiere explicar algo, con lo que resulta que la mayor parte de sus asuntos se hacen muy aburridos, con lo que resulta que hay que cargarse de paciencia para atenderla sin ponerse a gritar. Y aun poniéndose a gritar, da lo mismo, porque la voz no se va de su sitio, no hay manera de que desaparezca.

–No puede desaparecer porque se trata de nuestro Ángel de la Guarda –me dijo una vez, cuando todavía era joven, una vaca de cierta edad llamada Bidani–. Alegría debía darte saber que él está dentro de ti. Te será el mejor de los amigos en esta vida, y te confortará siempre que te encuentres sola. ¿Que te ves en el aprieto



de tener que elegir algo? Pues nada, le escuchas a él, que él te indicará la elección mejor. ¿Que alguna vez te encuentras en grave peligro? Pues confía, deja tu vida en manos del Ángel de la Guarda; él guiará tus pasos.

–¿Me lo tengo que creer? –pregunté a Bidani.

–Pues claro que sí –me respondió ella con algo de arrogancia.

–Pues usted perdone, pero no le creo ni palabra.

¿Qué le iba a decir? Ella era de más edad que yo, de eso no cabía duda, pero también muy crédula en comparación conmigo. Porque la verdad es que todavía no ha nacido quien me demuestre qué es el Ángel de la Guarda y, así las cosas, prefiero no creérmelo. Yo soy de



ese pelaje: cuando algo está claro, cuando por ejemplo me ponen delante un montoncillo de alholva y me dicen: «Esto es alholva », entonces voy yo, lo huelo y digo: «Sí, esto es alholva», reconozco la verdad; pero de lo contrario, no habiendo pruebas, o cuando la prueba ni siquiera huele, entonces yo prefiero no creer. Como dice el refrán:

*¿Qué creías que era vivir?
¿Creérselo todo y echarse a dormir?*

No señor, eso no es vivir, eso es hacer el tonto y comportarse como los del género ovejuno.

–No acabas de comprender, joven –insistió Bidani con la misma arrogancia que antes–. El Ángel de la Guarda no puede oler a nada. Como ángel que es, está en nuestro interior como un espíritu, sin ocupar ningún sitio.

–Se merecería usted ser oveja –le respondí con todo mi descaro y, dándome la vuelta, me fui.

Pero sea como sea, creyendo o sin creer, aquella voz interior siempre estaba allí, y no me quedaba más remedio que admitir la realidad. Le llamara Ángel de la Guarda, le llamara Espíritu, Voz, Conciencia o lo que se quiera, tanto con un nombre como con otro, aquello siempre estaba dentro de mí.

–¿Cuál es su nombre? –le pregunté un día a la voz. Era en la época en la que todavía le hablaba con respeto, de muy joven.

–El que tú quieras, hija mía. En lo que se refiere a mí, todo está en tus manos, soy tu servidor. Y, dicho sea de paso, es una servidumbre que acepto muy gustoso.

–Sí, claro, cómo no. Pero respóndame, por favor: ¿cómo se llama?

–Discúlpame, hija, pero tal como hace poco te he explicado, estoy a tus órdenes. A la dueña corresponde bautizar a su criado.

–¡Pues sí que eres pesado! –me enfadé al final–. ¡Más pesado que el mismísimo piojo! No sé si eres un ángel o un espíritu maligno, no sé tampoco por qué motivo estás dentro de mí, pero sé cómo eres, ¡ya lo creo que lo sé! ¡Eres de los que siempre tienen que salirse con la suya! ¡Así es como eres!

Entonces, y con la pizca de rabia que sentía, tomé una decisión: que a aquel supuesto Ángel de la Guarda yo le iba a llamar el Pesado. Y desde aquel día no ha sido otro para mí: el Pesado, Pesado y Pesado. El Pesado, Pesado y Pesado.

–No puede afirmarse que sea el nombre más bonito del mundo –oí entonces–, pero tampoco es el más feo ni el más desagradable.

A pesar de los pesares, y dicho lo dicho, en un principio no tenía mala opinión de aquel Pesado de mi interior, y hasta les daba su poco de razón a los que me hablaban a favor suyo. A ratos me parecía mi mejor amigo, buen compañero para los momentos gratos y mejor en los amargos, y cuando me hablaba lo escuchaba con gusto. Recuerdo, en este sentido, lo sucedido el primer

invierno de mi vida. ¡Entonces sí que me hizo compañía! ¡Sí que se portó entonces como un verdadero amigo! Todo sucedió un día de nevada.

–Mira, hija mía, está nevando –me dijo él desde dentro–. Ha empezado a nevar y estamos bastante lejos de casa. Convendría que fueras bajando del monte.

–¿Bajar del monte? ¡Que te crees tú eso! –le contesté con un desplante. Y es que se trataba de la primera vez que yo veía nieve, y no advertía el peligro de los copos que sentía deshacerse en mi espalda. Y con eso, me apliqué de nuevo a comer hierba con toda mi atención, porque, esto también hay que decirlo, yo me pierdo por la hierba cortita y sabrosa de los lugares altos; nunca me he conformado con las insulsas hierbas de los prados.

No sé cuánto tiempo pasó mientras comía la hierba chiquita sin levantar la cabeza, pero mucho no sería, no creo. Puede que media hora, puede que la hora entera. Sin embargo, a causa de la nieve caída, enseguida me fue imposible seguir comiendo. Estiraba la boca en busca de más hierba, y lo que metía en ella era un bocado de hielo. Hozaba la tierra como había visto a los cerdos, y lo mismo: otro trozo que me producía escalofríos. Me enderecé irritada y miré a mi alrededor. Y entonces sí, entonces sí que me asusté. El paisaje que vi alrededor no era para menos.

Una roca negra y mucha nieve, allí no había otra cosa. El yerbal donde había estado comiendo estaba blanco; y blanco igualmente el de más allá; y todos los

demás, también blancos. Por otra parte, el camino que los atravesaba para luego bajar hasta mi casa no se veía por ningún sitio: había desaparecido en aquella blancura.

–Pero ¿qué pasa aquí? ¿Cómo voy yo ahora a casa? –me dije dando unos pasos hacia la roca negra. Estaba un poco apurada.

Di un bramido, a ver si alguna compañera del establo contestaba y me orientaba hacia el camino de casa, pero el silencio se lo tragó igualito que un sapo se traga una mosca, y allí se acabaron mis llamadas. Y otra vez el silencio, la blancura de la nieve, la negritud de aquella roca. Y durante todo ese rato, el Pesado sin decir esta boca es mía. Se ve que estaba dolido por la mala contestación que le había dado antes.

La blancura seguía igual de blanca cuando apareció la primera estrella, y también cuando apareció la segunda. Y cuando aparecieron la tercera, la cuarta y la quinta, lo mismo. Pronto le tocó el turno a la luna, y ella sí que cambió algo: añadió unas sombras al paisaje. Poca cosa, de todas formas. La blancura ocupaba la mayor parte. Y allí estaba yo, y estaba como dice el refrán:

Nieve en el monte, no hay vaca que soporte.

Yo era esa vaca, efectivamente, y estaba aburridísima. ¿Hacia dónde quedaba el camino de casa? ¿Es que no iba a aparecer? Pues no, no había visos de que fuera a aparecer.

–¡Bueno! ¿No piensas decirme nada, Pesado? –exclamé al final. De veras, tenía que hacer algo, salir de aquella situación. Si no, podía morirme de asco.

–Voy a decirte unas palabras, pero no las que tú quieres oír.

Saltaba a la vista que estaba enfadado, porque ni siquiera me llamaba «hija mía». Y ahora que lo pienso, el mismo Pesado tenía que ser muy joven en aquella época; de lo contrario, no se habría enfadado por una mala contestación. Peores le doy ahora, y ni se inmuta. Pero, claro, ahora siempre acabo por obedecer y por hacer lo que él quiere que haga.

–Pues habla. Con lo harta que estoy, te escucharía cualquier cosa –le respondí.

–Me debes una disculpa. Cuando, por la nieve que caía, te he pedido que volvieras a casa, no tenías por qué obedecerme. Siendo así que eres libre, puedes hacer lo que te apetezca. Pero a lo que no tienes derecho, hija, es a contestarme con ordinariez, grosería y malos modos. A eso no tienes derecho, hija mía. Lo primero es la educación, y luego lo demás.

Miré a la izquierda y a la derecha, miré a un lado de la roca negra, miré al otro, miré a todas partes, y nada: ni rastro del camino. El monte se veía blanco de nieve o negro de noche, no había términos medios. Yo estaba muy aburrida y muy fastidiada.

–¡Perdona! –exclamé al final.

–Estás perdonada, naturalmente –dijo el Pesado con muy buen talante, olvidándose de su enfado. Y añadió

poco después, con un suspiro—: ¡Fíjate dónde hemos venido a parar ahora!

—¿Dónde? —me animé. Aquello era lo que yo quería saber, dónde estaba exactamente y en qué dirección podía ir a casa. Pero el Pesado iba a otra historia.

—Estamos en un desierto, hija mía. Eso es lo que yo diría, que nos ha venido del cielo un desierto blanco, y pieza a pieza, además. ¡Qué soledad! ¡Qué desolación! ¡Aquí se ve nuestra pequeñez y nuestra poquedad!

—Siendo vaca, ¡qué quieres! ¡Qué se puede esperar de las vacas! Las vacas no somos nada —exclamé en un arrebató de sinceridad. Porque, efectivamente, ser vaca nunca me ha parecido una cosa del otro mundo. A mi modo de ver, nosotras las vacas pasamos por esta vida sin pena ni gloria, por ese camino vulgar de la medianía, y, a decir verdad y por triste que resulte, a quienes más nos parecemos es a las ovejas. Ya lo dice el refrán:

La vaca y la oveja, una vaga y la otra floja.

Claro que el Pesado tiene una idea muy distinta: él piensa que a las vacas nos acompaña cierta grandeza, y que el resto del género animal nos queda bastante por debajo. Aquel mismo día no pudo menos que llevarme la contraria y luego —a propósito de la nevada y la soledad de la nevada— componer una especie de himno a favor de las de nuestra raza.

–No tienes razón en lo que dices de las vacas, y no deberías menospreciarte a ti misma de esa manera –dijo.

–Puede ser –respondí yo con cierta prudencia.

–Por supuesto que sí, hija mía. Una vaca no es cualquier cosa. Considera, si no, lo que ocurre aquí mismo. ¿Quién está aquí, en este desierto helado, en esta soledad? Solo tú, amiga mía. O, por decirlo en otras palabras, está la vaca. La vaca, y no, por ejemplo, el topo. En otoño sí, en la tibieza del otoño bien que se afanaban los topos haciendo agujeros aquí y allá y retozando; pero ahora, ¿dónde están? ¿Y las lombrices? ¿Y las hormigas? ¿Y los demás bichos? No están en parte alguna, puesto que han huido; han huido al interior de la tierra, han huido más y más adentro, y quién sabe dónde están ya esos cobardes, quizá en el mismo centro de la tierra. ¿Y qué diremos de aquellos que andaban, o más bien se escurrían, entre las hierbas, culebras y culebrillas de toda clase? ¿O de las lagartijas que asomaban y empinaban la cabeza en el resquicio de una roca? Pues que, habiendo huido todos, duermen en su escondrijo. Así y todo, hay quienes, siendo superiores a estos, también huyeron. Como los pájaros. O las ardillas, o los cerdos, o las gallinas. Así es, hija mía, han escapado absolutamente todos, y tú eres la única que está aquí. Aquí está la vaca. La vaca conoce qué es la soledad, qué es la desolación, y con ese conocimiento puede enfrentarse a la vida. Realmente, ¡ser vaca es algo grandioso!

–No seré yo quien diga lo contrario –le contesté mientras miraba la roca negra que tenía enfrente. Me pareció que el Pesado tenía algo de razón, que no era una tontería el saber estar allí tranquilamente, sin ningún miedo. Con todo, una cosa es el miedo y otra muy diferente el aburrimiento, y si al primero le plantaba cara, con el segundo no era lo mismo: me cansaba en aquellos parajes helados, y el tiempo se me hacía largo, muy largo, larguísimo. ¿Cuándo iba a llegar el amanecer? ¿Cuándo me enseñaría el día el camino de casa? Pero era inútil; más valía resignarse. No debía de ser ni medianoche; la luna y las estrellas estaban en el cielo para rato. Al final, y a disgusto porque hería mi orgullo, recurrí a la única compañía que tenía a mano.

–Y dime, Pesado, ¿cómo saldremos de aquí? –dije.

–Lo siento, amiga mía, pero no te lo puedo decir todo. Si te dijera todo, no aprenderías a discurrir por ti misma, y te convertirías en un animal tan simple como la oveja. ¿Por qué no piensas un poco, hija mía? Pensando un poco, enseguida te pondrías en el camino de casa.

Si no hubiera estado en una situación tan fastidiosa, quizá se me habría ocurrido algo. Pero la situación era muy fastidiosa, cada vez más. Hacía mis esfuerzos, a ver de dónde y cómo había llegado hasta allí, dónde se situaba la casa, cómo era el camino, pero sentía sobre la cabeza una losa que me agarrotaba las respuestas.

–¿No puedes darme una pista, amigo? –le dije entonces, y no entiendo cómo se lo dije, cómo pude darle jabón tratándolo como amigo. Desde luego, era muy

joven, y estaba muy aburrida en aquel monte, pero, en fin, qué más da, excusas y solo excusas, el asunto es que me rebajé. Eso no tiene vuelta de hoja, y de verdad que si pudiera, ahora mismo me daba una patada en ese sitio que no se suele nombrar. Encima, el Pesado no estaba dispuesto a ceder.

–Que no, te digo que no. Tienes que sacudir esa cabeza tuya y ponerla a trabajar. Es de noche, sí, y la nieve ha borrado caminos y atajos, pero eso no puede ser un problema para quien piensa. Piensa, amiga mía, y pronto estarás en casa.

–¡Pues muchas gracias, oye! –le grité entonces en el tono más ordinario posible, y, echándome en la nieve, me quedé mirando a la roca negra con el morro muy largo. De allí a un rato, di media vuelta y me puse a mirar hacia el lado contrario. Pero en aquella postura no se veía ni siquiera la roca, y decidí girarme otra vez. Aunque hacía frío, me picaba todo el cuerpo. Pensé:

«Me levantaré y descargaré mis tripas. A ver si así me entretengo».

Pero nada, resultó que no tenía ganas, y no me quedó otro remedio que seguir aburriéndome. Al final, estiré mi cuello y bramé con todas mis fuerzas:

–¡Pero bueno, qué pasa aquí! ¡Qué pasa! ¿Por qué no estoy asustada? ¡Si estuviera asustada, no me aburriría tanto!

–A eso se le llama bramar, hija mía –exclamó entonces el de dentro–. Y mira por dónde, ese bramido tuyo quizá va a resolverte el problema, ya que habrá puesto



sobre aviso a una manada de lobos que anda por estos parajes; lobos que andan, por cierto, muy hambrientos, con muchas ganas de comerse a un animal tierno como tú. No sería extraño que se presentaran aquí enseguida. Seguro que para ahora ya están corriendo. Por supuesto, ya sé que tú eres una valiente, y que un lobo, o dos, o tres, no tendrían nada que hacer contigo. Un par de patadas a cada uno, y a otra cosa. Pero, atenta, se trata de una manada entera, serán unos dieciséis lobos. No sé, tú verás, pero yo me iría. Y corriendo, deprisa, a la carrera, o, por decirlo en una palabra, pitando.

¿Qué decía el Pesado? ¿Qué era aquel cuento de los lobos? ¿Lobos? ¿Lobos hambrientos? ¿Dieciséis lobos? ¿De qué dieciséis lobos? ¿De dónde salía tanto lobo? Un escalofrío me recorrió la espalda de parte a parte, pero decidí permanecer firme y en el lugar en el que estaba. Mi orgullo de vaca no me dejaba otra salida.

—¡Cállate, Pesado! —me revolví luego—. Conque lobos, ¿eh? ¡Nada menos que en el siglo xx! ¡Hay que ser tonto para creer semejante cosa!

—De acuerdo, hija mía, es el siglo xx, o por decirlo más exactamente, el año de 1940, pero estamos en el País Vasco, y en el País Vasco ha habido guerra hasta hace poco, precisamente la guerra civil de 1936, y hay mucha hambre, mucha pobreza, poca gente para limpiar los bosques, y corre el rumor de que todo está lleno de lobos.

—Correrán bulos, pero no lobos —le dije al Pesado queriendo hacer un chiste. Pero todavía se me estre-

meía el rabo. ¡Lobos! ¡Dieciséis lobos! ¡Dieciséis lobos hambrientos! Y yo, en cambio, solo una vaca. No una vaca cualquiera, pero vaca al fin y al cabo.

De pronto, a la roca negra le salió un bultito más negro, como un chichón. Allí donde, hasta un poquito antes, no había más que mucha nieve y una roca negra, ahora había mucha nieve, una roca negra y un bultito. Al poco, aparecieron otros dos bultitos negros: mucha nieve, una roca negra y tres bultos. Cuatro bultos, seis bultos, nueve bultos.

«Y, además, todos tienen orejas», pensé aguzando la vista. Me levanté de golpe.

–¡Lobos asquerosos! ¡Conque todos a la vez! ¡Venid de uno en uno, y veremos quién puede! –les dije, o no, no se lo dije, solo imaginé que lo decía.

–Hija mía, piensa un poco –intervino entonces el Pesado–. ¿Dónde está tu casa? ¿Dónde puede estar?

Justo en aquel momento, cuando ya el rabo me empezaba a temblaquear, se me hizo la luz. ¿Acaso no estaba yo en lo alto de un monte? ¿No estaba arriba? Por tanto, ¿cuál era la solución?

–¡Bajar! –me dije a mí misma. Además, era posible que más abajo no hubiera nieve y el camino estuviera al descubierto. Tensándome de la cabeza a los pies, me dispuse a correr al trote. Para entonces, la roca negra estaba repleta de bultos; por lo menos tenía dieciséis bultos, todos con orejas.

–Atiende, hija mía –intervino en ese momento el Pesado, y muy oportunamente por cierto, como un

auténtico amigo—. Ya sé que en el establo de casa no hay quien te iguale corriendo, pero sin duda alguna los lobos te superan. No empieces a trotar, vete despacio y tranquila, como si estuvieras buscando briznas de hierba, exactamente igual. Así, no te atacarán inmediatamente. Te seguirán por detrás, eso sí, pero atacarte no. Sangre fría es lo que te hace falta, hija.

Comprendiendo que el Pesado tenía razón, empecé a moverme como con desgana, y di tres pasos y me paré. Esperé un poco, y otros dos pasos. Tres pasos. Cuatro pasos, dos pasos. Miré por el rabillo del ojo hacia la roca: todos los bultos estaban ahora sobre la nieve, y eran dieciséis, todos con orejas. Di un paso, los de las orejas otro. Yo tres, ellos tres. Y ante mí, solo la oscuridad de la noche y la blancura de la nieve. Y algunas estrellas, y la luna. En cierto momento, el rabo se me movió como por un espasmo, y al distraerme di cinco pasos bastante rápidos.

—¡Con cuidado, amiga! —oí dentro. Todos los bultos estaban apiñados a unos pocos metros de mí, y podía sentir su resuello.

Con audacia y sin pensarlo dos veces, me encaré a los lobos y me puse a comer la nieve, tranquila y tan a gusto, como si no fuera nieve lo que tenía ante la boca, sino gavillas de alholva. Los bultos, al ver esto, se desconcertaron y se pararon, primero uno y luego todos los demás. Comprobé que, además de orejas, tenían ojos: orejas puntiagudas, ojos enrojecidos. Entonces, y sin perder la compostura, empecé a recular, bastante rápido, uno dos

tres, uno dos tres, uno dos tres, y los lobos, uno dos tres, no me quitaban ojo de encima, pero, uno dos tres, tampoco se decidían a atacarme. Y así, uno dos tres y uno dos tres, llegamos todos hasta una arboleda. Me acordé de que aquella arboleda estaba justo encima de mi casa.

«Después de la arboleda hay una pendiente grande, y al final de la pendiente es donde está el camino de casa –pensé–. Si al llegar allí me tiro cuesta abajo, puede que me rompa una pata, pero no me comerán esos lobos».

–¡Qué gran idea! –oí dentro.

Comencé a avanzar de nuevo, poquito a poco, vigilando a los dieciséis lobos con el rabillo del ojo.

Seguían teniendo orejas y ojos, pero sobre todo boca. Tenían la boca roja, y los dientes blancos. De vez en cuando, uno se ponía a aullar, y detrás de él empezaban a aullar los demás. Igual fueron imaginaciones mías, pero en aquel momento le dijo un lobo a otro:

–¿Nos la comemos o qué?

No tuve temple para esperar a oír la respuesta. Y como el borde de la pendiente estaba a unos cuarenta metros, eché a correr, a correr al trote, a correr sacudiendo la nieve de las ramas de los árboles, y yo corriendo y los lobos corriendo también, y yo resoplando y los lobos también resoplando, y el vaho de mis resoplidos se perdía en el aire frío, y el vaho del resuello de los lobos, en cambio, no se perdía en el aire frío, sino en el lugar de mi cuerpo que no quiero nombrar por aquello de la educación. Cada vez sentía más vaho en ese lugar, pero el final de la arboleda estaba también cada vez más cerca.

Entonces, en el momento en que estaba completamente segura de llegar a la pendiente, algo como una llamarada me alcanzó en ese dichoso lugar que no he nombrado, y uno de los lobos empezó a tirarme de los últimos pelos del rabo. Lo miré directamente: tenía las orejas tiesas, los ojos enrojecidos, la boca peluda. Para mi desgracia, aquellos pelos de su boca eran mis propios pelos.

-¡Estamos perdidos, amiga! -oí dentro.

-¡Que te crees tú eso! ¡Todavía no ha nacido lobo!
-grité en aquel trance desesperado. Y con la fuerza que da la desesperación, di un salto enorme y me tiré de cabeza pendiente abajo. Parecía que iba a sumergirme en un abismo.

Después de recorrer un trecho al vuelo, descendí dando tumbos y al final acabé rodando. De no haber nieve, seguro que me habría roto más de un hueso. Pero la nieve estaba mullida, y me salvó.

-¿Y los lobos? ¿Dónde habrán quedado los lobos?
-me dije para mí. Y mientras lo decía, aquel lobo que me había estirado los pelos del rabo, ¡chasc!, me hincó los dientes en aquella zona un tanto retirada de mi cuerpo. Grité de dolor al tiempo que le daba una coz tremenda, y que lo cogió de lleno. Allí se fue el infeliz dando aullidos: se llevó consigo orejas y ojos, se llevó la boca, pero los dientes de la boca no se los llevó. Se los saqué todos de golpe. De allí a un rato, gracias al Pesado en gran parte, estaba a salvo y en el establo de casa.

Pero, puestos a pensar, ¿dónde estarán ahora las nieves de aquel invierno? O dicho como, mucho después de suceder lo de los lobos, aprendí a decir en francés: *Où sont les neiges d'antan?* ¿Cuántos años habrán pasado desde que se fundieron para siempre? Porque esa es la verdad, que se fundieron y, junto con ellas, nuestra juventud también se fundió. Todos éramos jóvenes entonces: joven era yo, joven el Pesado, jóvenes los lobos, jóvenes las otras vacas de mi casa. Y hasta el mismo siglo era joven, pues estábamos en 1940; ahora, en cambio, el siglo está acabando. ¡Adónde habrá ido a parar todo! *Où sont les neiges d'antan!* En aquel tiempo, ahora me doy cuenta cabal, éramos casi felices, y hasta con el mismo Pesado me arreglaba mejor de lo que las apariencias daban a entender. En realidad, aún no se había convertido en un auténtico Pesado, no me irritaba tanto; le gustaba salirse con la suya, eso sí, pero también sabía pasarse sin dar órdenes. Yo estaba casi convencida de que era mi Ángel de la Guarda. Últimamente, en cambio, no para hasta conseguir lo que quiere de mí. La noche de los rayos y los truenos, por ejemplo, le dio igual lo a gusto que yo estaba en mi lecho, y me hizo mil veces aquella pregunta:

—Escucha, hija mía, ¿acaso no ha llegado la hora? ¿Acaso no es el momento adecuado, correcto y conveniente?

Cuando se pone así, hay que ceder ante el viejo Pesado. De lo contrario, no calla.

–¿La hora de qué? ¿No será la de levantarse? Si se trata de eso, por favor, déjame en paz hasta que aclare el día.

–No es hora de levantarse, hija mía, sino hora de cumplir la promesa hecha hace tiempo. ¿Recuerdas lo que me dijiste aquel día de los lobos?

–¡Ni idea!

–Has envejecido y estás perezosa, pero a pesar de todo no creo que te sea imposible recordar. Pues, precisamente, ¿quién se acuerda bien de los tiempos juveniles? La vaca de edad avanzada. La vaca de edad avanzada olvida lo sucedido la víspera, pero retiene perfectamente lo de hace más de cuarenta años. De cualquier forma, yo mismo te diré lo que prometiste después de escapar de los lobos. Dijiste: «Algún día escribiré mis memorias y contaré lo de hoy».

–No me lo puedo creer –le contesté secamente.

–Pues no deja de extrañarme, porque lo mismo dijiste después de estar en unas fiestas de pueblo, y también cuando te marchaste de casa. Y en muchas otras ocasiones. No tenías otra cantinela: que escribirías tus memorias y que escribirías tus memorias.

–¡Me resulta increíble!

–Pues es verdad. Y ahora que lo recuerdo, cuando Gafas Verdes se presentó en tu casa, volviste a decir lo mismo: que aquel episodio amargo también pasaría a las memorias.

–¡Gafas Verdes! ¡El ser más repugnante que he conocido jamás! –exclamé sin poderme contener.

–¿Estás viendo? Sí que te acuerdas, ¡y muy bien! ¿Y sabes lo que te digo? Que el siglo va para adelante, y tú también vas para adelante, y no puedes irte de este mundo como las vacas vulgares. ¡Que quede tu testimonio! ¡Que el mundo conozca la grandeza de la vaca! ¡Ha llegado la hora, hija mía, ha llegado el momento!

–¿Tú crees? –le dije resignada. Sabía que no tenía otra salida que escribir las memorias. Si no, lo que he dicho antes: que tendría que oír su cantinela noche tras noche.

–Estoy segura, hija mía. Debes escribir.

–Entonces voy a traer papel y tinta. Empezaré la tarea con el primer rayo de luz.

Y eso es lo que hice.